1.3. Derechas e izquierdas en el mundo actual

LA DERECHA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Manuel Fraga Iribarne *

1. Es evidente que la distinción entre derecha e izquierda ha tenido, yo creo que ya menos, una gran trascendencia a lo largo de los dos últimos siglos en las orientaciones básicas de la vida política. Pero hay una pregunta lógica: antes de la acepción política ¿de dónde viene la distinción y qué trascendencia tiene realmente en otras órbitas? Porque, efectivamente, los conceptos derecha e izquierda, antes de estar en la política, han estado en otros ámbitos.

Hay un libro de un Premio Nobel (que tengo que reconocer no haber podido asimilar del todo, porque está lleno de consideraciones que rebasan mi preparación científica) que se llama *Derecha e izquierda en el universo,* donde este físico eminente afirma que en el universo tiene importancia ese concepto aplicado al cosmos, y pone un ejemplo que puede entender cualquiera, hasta yo. Y es que si nos miramos en un espejo nuestra cabeza está arriba y nuestros pies están debajo en el espejo, pero en cambio la derecha y la izquierda están cambiadas, y sobre esto hace él una primera distinción que no voy ahora a desarrollar aquí, pero sí quiero señalar que efectivamente este concepto al parecer no es aplicable en otros mundos y, desde luego, de lo que no hay duda alguna es de que en el análisis del cuerpo humano la distinción entre izquierda y derecha siempre ha venido acompañada de valoraciones.

Una vieja tradición afirma que hay, al parecer, un 15% de zurdos y un número mucho más pequeño de ambidextros; que, efectivamente, se está orientado a utilizar principalmente el lado derecho y la mano derecha como principales.

---

* Sesión del día 23 de febrero de 1999.

Y, por otra parte, hay una serie de tradiciones o de apólogos que consideran la mano derecha como una parte más noble, más normal; y es evidente que en el *Apocalipsis,* por ejemplo, en el Juicio final está ya el concepto del *Dies irae:* «Statuens in parte destra», pues se supone que la derecha es el lugar de los salvados, y la izquierda el de los condenados.

También, en un sentido más amplio, se habla de hacer las cosas a derechas, hacerlas por derecho y, es más, en la historia de la palabra derecho, en cuanto se contrapone también a torcido, hay una cierta influencia de este fenómeno. Es evidente que este concepto tradicional no ha sido precisamente el de los últimos tiempos, pues los tópicos más recientes han situado políticamente como superiores los valores de la izquierda, y han situado los conceptos políticos y sociales de la derecha más bien en una zona de inferioridad o de no progresividad. Pero no es mi propósito sacar consecuencias políticas, sino indicar que efectivamente hay una cuestión previa sobre el origen del concepto.

No es necesario recordar aquí, y mucho menos en esta Academia, que el concepto moderno se sitúa en la reunión de los Estados Generales, al comienzo de la Revolución Francesa, y en el punto de partida, por lo mismo, de la dialéctica política contemporánea. Ocurría eso a la vez que se ponía fin a lo que se sigue llamando Antiguo Régimen respecto a los nuevos regímenes, y también se abrían las puertas de cambios importantes en la estructura social, después de largos milenios de una sociedad esencialmente agraria, con los valores y las estructuras nacidos de la revolución industrial que por entonces comenzaba su desarrollo. En todo caso, como es sabido, en los Estados Generales, los partidarios de cambios importantes, que acabarían por ser revolucionarios, se situaron a la izquierda; los partidarios de conservar el orden establecido, a la derecha; y en el centro, lo que entonces se llamó el pantano; lo cual recogía por cierto el concepto de una sociedad: valoración de la tradición por un lado, de la reforma, por otro, que pronto pasaría a ser revolución-reacción. De lo que no hay duda alguna es de que todo ello traería consigo después unos conceptos sociológicos que habría desarrollado Sieyès en su libro sobre *El tercer Estado,* y que de ahí arranca la distinción, continuada, de una forma o de otra, hasta nuestros días. Desde el primer momento, se vio claro que en determinados países, como es el caso de Francia, esta distinción actuó en forma de enorme distanciamiento, de enorme contraposición. En definitiva, en varios momentos de la historia francesa, en el año 1830, en el año 1848, etc., tuvo de nuevo una gran trascendencia.

No fue así, por ejemplo, en Inglaterra, donde, desde el primer momento, personas como Burke rechazaron el planteamiento. En una sociedad que estaba más evolucionada económica, social y políticamente, donde había una clase dirigente más preparada y más flexible, que había vivido la experiencia de su propia

revolución, la primera de Europa, de breve dimensión, pero que ocasionó la muerte del Rey Carlos I, y después de la experiencia americana, prevaleció, frente al concepto de revolución y reacción, un concepto reformista a través de la sucesiva reforma del sufragio, de la discusión sobre la protección de la agricultura (clave de la riqueza de la vieja aristocracia), de las reformas fiscales, sobre todo a comienzos de este siglo. Este concepto hizo que el planteamiento, que también ha existido, entre derecha e izquierda fuera de naturaleza diferente.

En todo caso, desde aquel primer planteamiento, no cabe duda de que el concepto ha sido predominante en las clasificaciones básicas políticas y, al mismo tiempo, ha estado en constante transformación. En un primer momento, puede verse en los Estados Generales, como puede verse en las Cortes de Cádiz, pues se trata a la vez de un planteamiento racionalista frente a un planteamiento tradicional y, por otra parte, se trata de hacer cambios importantes en la sociedad a partir de la destrucción de los grandes poderes agrarios (es el momento de las desamortizaciones). Es interesante recordar que en España se creará el concepto «liberal», que tendrá gran éxito, transferido con distinto significado primero a Inglaterra y luego a otras partes del mundo, y que todavía hoy tiene importancia en Estados Unidos. Al principio, *liberal* quería decir simplemente lo que no quería decir la palabra *tradicional;* es decir, mayor generosidad hacia los problemas humanos y sociales, mayor apertura al bien común de todos frente a los privilegios, expresión que había en la palabra *liberal* americana, que se conserva, y que ha sido prestigiada, evidentemente desde Inglaterra, por el hecho de que las Cortes de Cádiz eran un símbolo también de la lucha internacional en aquel momento.

En todo caso, a partir del año 1848 fundamentalmente, ese significado está de alguna manera aceptado, y de alguna manera también agotado en contenido revolucionario. En cambio, el efecto antes mencionado de la revolución industrial da paso a la trascendencia del fenómeno de las clases sociales, de la lucha de clases y, después de los primeros socialismos, al planteamiento marxista de la lucha de clases, que da una nueva dimensión a la relación derecha e izquierda, y una tendencia también a llevar el término a los extremos, a ir hacia un planteamiento extremo de lucha inevitable.

En una palabra, el concepto de derecha e izquierda está unido al concepto de cambio social y de cambio político: primero, respecto del reparto de poderes en la sociedad tradicional, sobre todo de base agraria, y después, en los planteamientos más o menos utópicos de una nueva sociedad sin clases a partir del año 1848.

Hay que recordar que el concepto de revolución ha existido siempre, y en

el sentido de desear cosas nuevas, *novis rebus studens,* que todavía aparece como concepto en la *Rerum Novarum* de León XIII. Pero es lo cierto que en torno a esta constante dinámica del concepto derecha-izquierda, a partir, repito, de finales del siglo XVIII, nacen dos órdenes de valores sobre temas como la religión, como la moral, como la familia, como el aprecio de lo tradicional frente a lo nuevo, para unos es lo antiguo, para otros es lo viejo y en definitiva, también, se crean situaciones de intereses diferentes. Los instalados en las partes más favorables del orden existente, en lo que los anglosajones llaman el *establishment,* como es natural, no eran partidarios de grandes cambios, como ocurrió en la lucha por el precio de los cereales en Inglaterra. Otros buscan cambios, ofreciendo mejoras a la mayoría, esperando ellos mismos mejorar. En todo caso, evidentemente, se va creando un cambio constante de situación entre ambos conceptos. Es obvio que había habido siempre distinción entre los partidarios de conservar lo existente y los de cambiarlo por lo nuevo. El magistrado romano proponía a los comicios una propuesta y se votaba *uti rogas,* o bien *antiqua.*

Es evidente que la distinción entre ricos y pobres es clave en el análisis político de Aristóteles, el gran realista en el análisis de los grandes problemas políticos. Siempre hubo distinción entre la riqueza antigua, apoyada en tierras, en familias, etc., y la nueva, nacida del comercio, de las minas, etc. Dante, en su famoso libro sobre el Imperio, define la nobleza como la riqueza antigua y las bellas costumbres. Estos conceptos logran una acuidad, una trascendencia mayor, a partir de la Revolución Francesa, como antes decíamos. Lo cierto es que, repito, la religión, la forma de Estado, las bases económico-sociales, la riqueza pública, el concepto de la familia, la secularización de la riqueza (sobre todo la de la Iglesia), etc., son elementos esenciales de distinción entre la derecha y la izquierda tradicionales a lo largo del siglo XIX.

Naturalmente, los cambios sociales fueron produciendo distintas formas de evolución. Por ejemplo en Inglaterra, ya aludida antes, muy pronto la vieja derecha tradicional, los viejos *tories,* una vez aceptados los primeros cambios en el sufragio, y una vez superado el momento de la lucha por los impuestos sobre importación de granos, propendieron a entenderse con la nueva clase dominante de los industriales y los comerciantes, y de ahí nació el actual Partido Conservador, que es una suma de la mayor parte del viejo liberalismo con el viejo conservatismo; del liberalismo radical se pasó al liberal conservatismo típico del Partido Conservador actual. En cambio, surgió el laborismo como representante de la nueva izquierda, hasta convertirse en el segundo partido y después, en ocasiones como la actual, en el primero.

En el continente predominó, por el contrario, una mayor propensión a la división de las derechas y, por lo mismo, se tardó más en llegar a esta formación de unas derechas modernas. Hubo el intento de la derecha romántica, el legitimismo francés de Bonald y de Maistre, el idealismo alemán, aunque haya también un idealismo naturalmente de izquierda, hay luego los bonapartismos, y hay los moderantismos, como el español. Hoy son ya formulaciones históricas. Por cierto, quiero recordar aquí una anécdota: En un homenaje que hicimos a Carl Schmitt aquí, cuando yo era director del Instituto de Estudios Políticos, después de un acto académico, se le dio una cena en la que estaban los presidentes de las distintas secciones y él conocía a muchos de ellos, como Luis Díez del Corral. Asistía Carlos Ollero, y llegó un punto en el que intervino un catedrático de derecho civil, que se llamaba José María Valiente, que es el líder de lo que queda del tradicionalismo español. Don Carlos se limpió las gafas, se quedó mirando un largo rato y no dijo nada. Cuando terminó el acto, me dijo: «Claro, yo en mi primer libro sobre política romántica, que es un libro sobre los movimientos legitimistas, sé que queda todavía en Europa algún Lord escocés, para el cual los Estuardos siguen siendo los legítimos, que queda algún noble francés, etc., que tiene idea semejante, pero aquí todavía tienen alguna actividad política».

Es interesante ver cómo en España al liberalismo de las Cortes de Cádiz sucede otro en los años veinte, por iniciativa de doceañistas exaltados; después aparecen los moderados, que lo fueron hasta cierto punto; y finalmente, a finales de siglo, el gran Cánovas logra un partido liberal conservador, que es como le llamó, que alcanza su máxima pureza, como hombre que viene del partido liberal, en Antonio Maura. No es el momento de decir si fue bueno o malo, pero es evidente que entretanto ocurría lo mismo en la izquierda en la forma de partidos radicales, de partidos republicanos y, en definitiva, de las formulaciones diversas de los socialismos españoles, que también se dividen a partir de la aparición del Partido Comunista. Es curioso que, en algunos libros, Manuel Azaña pueda ser clasificado por historiadores actuales como hombre de derechas en algunos aspectos.

En medio de todo esto, aparece también (y en España tuvo su influencia, como la ha tenido en Alemania, y como la ha tenido muy especialmente en Italia, hasta su estallido reciente) la derecha cristiana, que nace de las encíclicas de León XIII, y que es el resultado de una larga y compleja evolución del Estado Iglesia, de la unión entre el altar y el trono, para pasar a los compromisos concordatarios en Francia y en España, a la doctrina social de la Iglesia y finalmente a distintas formas de democracia cristiana, hoy integrada de un modo más amplio en lo que se llama Partido Popular Europeo.

2. Lo cierto es que, en mi opinión, y con esto llegamos al presente, lo más característico del momento actual es el hecho de que lo mismo desde lo que fue la derecha que desde lo que fue la izquierda (y hablo deliberadamente en tiempo pasado), la propensión no es a la polarización hacia los extremos, sino a la confluencia hacia el centro, tema sobre el cual yo vengo hablando (y tengo aquí un pequeño libro que lo acredita) desde el año 1972. Y creo que, efectivamente, no hay que explicar que en este momento la derecha, el centro derecha, se reclama de centro; y que figuras como el muy popular líder de la organización laborista se reclaman de la tercera posición, es decir, del centro también. Y, por lo tanto, parece evidente que es más difícil definir en este momento qué es lo que se entiende por derecha, que es centro derecha, y lo que se entiende por izquierda, que es centro izquierda, lo que nos explicará sin duda Gregorio Peces-Barba con más claridad. Sí me atrevo a decir que Gregorio y yo somos buenos ejemplos, él de un hombre de la izquierda y yo de un hombre de la derecha, y quizá por eso es posible que en esto coincidamos de alguna manera. ¿Qué es hoy una posición de derechas? Lo pregunto dando por supuesto (luego hablaré un poco de ellas, las derechas extremas) que también hay extremas derechas. Yo creo que la derecha es inicialmente una actitud personal ante la vida social en una sociedad pluralista; que inspira de un modo recto, más recto que otros, los comportamientos sociales de las personas; que hoy se trata de la actitud que aprecia los valores morales, familiares e institucionales en general, con tolerancia y con transigencia para el pensamiento de los demás.

La actitud de derechas estima también la intimidad individual, la libertad de empresa y de trabajo, la familia sólida, la sintonía con el mundo occidental. Afirma el derecho y el deber de los padres de educar a sus hijos. Cree que cuando un pueblo se ha pasado siglos viviendo de un cierto modo, cultivando los afectos y la vida familiar, honrando a sus mayores y a sus muertos, procurando emular lo mejor de las gestas pasadas, viendo con tranquilidad una pareja de guardias en la carretera, celebrando fiestas populares, civiles y religiosas a la par, es mejor dejar todas esas cosas en paz, respetar a quienes no lo entienden y decir con toda franqueza que no es necesario llegar al Gobierno para enterarse de algo tan elemental como que dejar estas cosas quietas beneficia a todos, mientras que tocarlas puede ser meter un palito en el avispero sólo por ver lo que pasa.

La derecha cree que las cosas que se mantienen y duran, ya por eso sólo, son valiosas; siendo obvio que duran más por sus valores espirituales intrínsecos que por las piedras o los bronces materiales que las sostienen. Y es lo que hemos dicho en el artículo sobre la religión en la Constitución: libertad absoluta religiosa, libertad absoluta de ideología, separación plena de la Iglesia y el Estado, pero res-

peto a una realidad sociológica. Pienso que una mayoría, que yo llamo natural, más bien acepta estas cosas si, naturalmente, no van acompañadas de exceso ni de intolerancia.

Piensa también el centro derecha que un orden de libertades y derechos sólo funciona apoyado en los deberes aceptados y en cumplir las leyes, las mismas leyes que establecen esos derechos y libertades; que se debe formar a los ciudadanos para que defiendan sus derechos, pero que eso es inalcanzable sin explicarles al mismo tiempo que los derechos de uno son obligaciones de respetarlos para los demás, porque la idea de que unos tienen derechos y los demás sólo obligaciones es tan falsa desde la óptica de abajo como desde la óptica de arriba.

Ser de derechas es considerar a todo el mundo básicamente buena persona y buen ciudadano, y a la vez humano y desfalleciente, capaz de delinquir ocasionalmente. El hombre de derechas cultiva la confianza, pero, al mismo tiempo que crea la libertad como estado básico, considera necesarias las puertas, los policías, los institutos armados, lo que garantiza la seguridad, la justicia por encima de todo. Por ello reconoce la derecha que todos queremos la paz, la ley y el orden, pero que los tres tienen enemigos, algunos grandes y peligrosos, otros pequeños, como diversos tipos de termitas sociales, que son a larga no menos peligrosos. Esto es lo que en mi opinión constituye la actitud básica del centro derecha en España.

3. En este momento, ¿qué ocurre en Europa? En Europa constituyen mayoría estas derechas centradas, integradas en los sistemas constitucionales, deseosas de conservarlos y de ampliarlos en lo que sea posible. Existen algunas derechas extremas que han surgido fundamentalmente en torno a dos problemas: el problema de identidad, de identidad nacional ante la Comunidad Europea, etc., y el conjunto de los viejos problemas sociales de relación de clases que hoy se han visto en buena parte mediados, en buena parte también centrados, en buena parte sujetos a concertación, y en otra parte se han reactivado por los nuevos problemas de relaciones entre los sexos, entre las generaciones, sobre el medio ambiente, sobre la permisividad de esto y de lo otro.

Efectivamente, en este momento, hay tendencia, en muchos casos, a integrar ambos, el de identidad y el de los nuevos problemas sociales (que son en su conjunto distintos del tradicional marxista), en torno a los problemas de la emigración, problemas inevitables porque, evidentemente, nuestras sociedades envejecen, se reproducen poco y tenemos todos los días a la puerta estos problemas. En torno suyo han surgido partidos como el Frente Nacional Francés (hoy dividido en dos) y otros partidos equivalentes en Alemania y Austria, principalmente. En torno

a estos problemas, surgen otros muy interesantes, porque, así como, por ejemplo, sigue vivo el viejo principio de que a la izquierda no hay enemigo y se puede pactar con todo el mundo –por ejemplo, con el comunismo, incluso donde todavía éste no ha hecho ninguna rectificación–, en cambio, como se ha visto ahora en Francia, si alguien acepta votos simplemente para un gobierno regional del Frente Nacional, se le invita a dimitir. Ayer mismo recibí de Charles Millón un libro, a mi juicio interesante, que acaba de publicar (en francés) donde dice: «si esos partidos son legales, están inscritos y nadie los impugna, si reciben dinero del Estado francés ¿por qué ese voto no vale? No se entiende por qué se anulan estos votos y en cambio los del Partido Comunista no». Un libro interesante que tengo que terminar de leer.

Es evidente que si hoy los grupos de la derecha en Europa, con excepción del caso de España y el de Irlanda, no están en el gobierno, ello se debe a expresar dudas de esta naturaleza y también por una mayor propensión a dividirse por familias. De hecho, estos días ha habido, por ejemplo, en Inglaterra una muy interesante polémica sobre cómo puede reconstruirse el Partido Conservador, después de un momento de gran hundimiento, para volver al poder. Hoy está reducido a la mínima expresión, cosa que ocurre por primera vez en su historia, desde el tiempo antes expresado de las leyes del grano. Lo cierto es que *The Economist* expresaba últimamente una cierta preocupación de que, como en el caso de Francia, y por razones parecidas, como las cuestiones de la emigración y el tema europeo, se da una afirmación excesiva de un principio nacional nacionalista que puede apartarlo de la tendencia moderada. Y también llevarle a posiciones intransigentes. Yo personalmente creo que, en este momento, ese riesgo será fácilmente superado en Inglaterra. En definitiva, pocos dudan de que, dentro de la continuidad inevitable en todo proceso histórico, el fin de siglo y de milenio abre una etapa nueva, de globalización, de estabilidad de grandes áreas, de una solidaridad más necesaria, si queremos evitar desastres como los que estamos viendo en África, y que se nos eche África encima. Esto lleva a márgenes de diferenciaciones menores entre la derecha y la izquierda, aunque alguna subsistirá.

Creo que todos aceptamos una sociedad secularizada, pero con diferentes grados de valoración de los hechos religiosos; que todos creemos en el sistema de economía social de mercado, pero con distinto énfasis en las dos palabras claves –mercado y social– que hoy lleva consigo. Creo, en definitiva, que todo conduce a distanciarse de las tesis maximalistas en materia de socialización, nacionalización, municipalización, pero, sin embargo, sigue habiendo prejuicios contra las privatizaciones, contra el adelgazamiento del sector público, sobre todo en áreas como la educación o la sanidad, que efectivamente marcan también diferencias entre el centro derecha y el centro izquierda.

Creo que la derecha, a su vez, acepta el derecho público a las prestaciones sociales –fueron Bismarck en Prusia y Dato en España los que las iniciaron–, con la garantía de una Administración que lo sea en realidad para todos, aunque la gestión pueda en cambio tener modelos basados en la iniciativa privada. Todos aceptamos la libertad de buscar la propia felicidad, pero algunos queremos que sea sin escándalos. Ahora tenemos las consecuencias en las parejas de hecho y en otros temas, como adopciones, etc. Las posiciones tienen que ser matizadas. También la capacidad de la técnica de interferir en temas hasta ahora no pensables, como lo que es el genoma humano de la clonación, etc., marcará siempre algunas diferencias; pero éstas ya se tienen que desenvolver en el seno de un debate pacífico.

En definitiva, creo que es positivo que, desde posiciones más centradas, haya alternancia de ideas que sirvan de base a relevos de equipos en un turno pacífico, que es posible; y que, después del gran fracaso de las utopías sociales, a lo largo de siglo y medio, y de creer a elevados científicos que se revelaron después como falsos e incluso peligrosos, parece razonable pensar que en este momento le corresponde el turno a misiones más prudentes y más equilibradas del centro reformista, en las cuales me atrevo a decir que, efectivamente, se mueven los partidos de la derecha.